

Fábula
sobre la guerra

JOSÉ ZULETA



A mi madre, que con un solo brazo cargó a cinco hijos, a su risa: fiesta de dientes en desorden.

En el año 492 a.C., durante la invasión de Darío I a Grecia, las tropas persas bajo el mando de Mardonio fueron vencidas durante una tormenta al pie del Monte Athos. Toda la flota fue destruida. Los griegos victoriosos observaron unas palomas escapar de las naves persas que se hundían.

Aquella visión produjo desconcierto y logró inquietar al ejército vencedor. Los griegos se preguntaban por qué durante el lento naufragio desde las naves vencidas salían volando palomas. ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso eran pañuelos blancos de socorro? “No, los persas no son así”, argumentó un viejo guerrero. ¿O era esta una visión premonitricea?

Fue entonces cuando, contraviniendo la orden inicial, decidieron capturar a uno de los persas. El hombre rescatado del mar fue subido a la cubierta enemiga. Allí, presionado por el filo de las lanzas, explicó que la razón estaba muy lejos, en tierra firme y que las palomas blancas eran parte del equipo de los guerreros persas. Contó que esas palomas eran de las que se entrenan para volver. Eran palomas mensajeras.

Entonces los griegos creyeron que por medio de aquellas aves los persas estaban informando a los ejércitos de tierra sobre lo sucedido en la batalla y que tal vez estaban pidiendo apoyo.

El capturado, que aún tenía amarrada a su costado una pequeña jaula vacía, contó a los incrédulos soldados enemigos que cada uno de los soldados persas, al partir de sus casas hacia la guerra, además de sus armas y de lo necesario para las campañas militares, llevaba una jaula pequeña con una paloma blanca. Contó que las aves eran liberadas únicamente en caso de derrota o de muerte inminente.

“¿Para qué son las palomas?”, preguntó confundido e imperioso el capitán griego.

“Es un mensaje, señor; cuando a la ventana de mi casa llegue la paloma que liberé de esta jaula, mi esposa sabrá que no debe esperarme, es la manera que tenemos de anunciarles que son libres, que no nos esperen, que pueden seguir adelante y buscar otro hombre, otro amor a quien entregar, cuando vaya a la guerra, la paloma”.

“¿Qué hacemos con el prisionero?” preguntó un guerrero.

Mardonio respondió: “Detengan a este hombre durante un año, luego libérenlo para que regrese a su hogar”. ■

José Zuleta Ortiz (Colombia)

Poeta y cuentista. Ha publicado los libros: *Las alas del súbdito* (2002), Premio Nacional de Poesía, *La línea de menta* (2005), *Mirar Otro Mar* (2006), *La sonrisa trocada* (2008), *Emprender la noche* (2008), *Las manos de la noche* (2009), *Todos somos amigos de lo ajeno* (2010), Premio Nacional Ministerio de Cultura (Cuentos), *Esperando tus ojos* (2011), *La oración de Manuel y otros relatos* (2012) y *La mirada del huésped* (2013).